

¿EL TRIUNFO DE LA LIBERTAD?

La derrota de la democracia en Luciano Canfora

El estudio de la democracia normalmente se confía a los politólogos, los sociólogos o los historiadores contemporáneos, para quienes los orígenes antiguos de este sistema forman poco más que un telón de fondo pintoresco de la historia de su triunfo en el siglo xx. En sus estudios, las áreas de asentamiento de la democracia tienden a ser noratlánticas: Estados Unidos, Reino Unido y Francia. En cuanto al término en sí, «democracia» se define por lo general como un conjunto de procedimientos electorales e instituciones representativas que legitiman el poder político. Dentro de este campo hay espacio para una variedad de puntos de vista: el ala progresista de la ortodoxia echa de menos una mayor participación de los votantes, mientras que la derecha pragmática celebra la apatía; pero ambas consideran que el ciclo electoral regular es una condición mínima. Hay también una explicación histórica común: desde los modestos comienzos basados en la propiedad, la democracia se ha ampliado con éxito para incorporar primero a los obreros hombres y después a las mujeres. Unida a la «libertad», derrotó al fascismo en Europa y, después de 1945, se enfrentó a su enemigo, el totalitarismo, en el Este comunista. Desde mediados de la década de 1970, una tercera oleada de democratización eliminó las dictaduras del sur de Europa –Grecia, España y Portugal– antes de extenderse a la mayor parte del mundo después de 1989.

El libro de Luciano Canfora, titulado *La democrazia. Storia di un'ideologia*, rompe con esta tradición en casi todos los aspectos: conceptual, geográfico e histórico¹. El propio autor no es politólogo sino filólogo clásico, formado en la Scuola Normale Superiore de Pisa en la década de 1960; intelectual ferozmente independiente, originalmente militante del PCI y más recientemente del PdCI, uno de los pequeños grupos que surgió tras el hundimiento del primero, por el que se presentó candidato a las elecciones parlamentarias europeas en 1999. En una obra prolífica, sus escritos incluyen estudios sobre Demóstenes y Tucídides, un análisis fundacional sobre los principios narrativos de la historiografía clásica, una asombrosa

¹ Luciano Canfora, *Democracy in Europe. A History of an Ideology*, Oxford, 2006 [ed. cast.: *La democracia. Historia de una ideología*, Barcelona, 2004]. Las referencias de la edición castellana aparecen entre corchetes.

biografía de Julio César y tres libros sobre Togliatti, de quien sigue siendo gran admirador; por no hablar de múltiples reflexiones sobre política contemporánea. Notable entre sus habilidades ha sido el trabajo de detective histórico y de textos, que ha producido una serie de destacados descubrimientos, entre ellos que Giovanni Gentile fue asesinado, al contrario de lo establecido por la leyenda oficial, por orden de la dirección del PCI en 1944; que el célebre papiro atribuido al geógrafo Artemidoro de Éfeso (siglos II-III a. C.) es casi con seguridad una falsificación, probablemente de un aventurero griego del siglo XIX; que una carta enviada en 1928 –supuestamente por Ruggiero Grieco, miembro de la dirección del PCI en el exilio– a Gramsci, encarcelado en espera de juicio, fue una provocación de la policía fascista. Lejos de separar el rigor clásico de la convicción política, ha teorizado directamente sobre la conexión entre ambos. Su obra más reciente, *Filologia e libertà*, está dedicada al argumento de que, históricamente, la pasión por la verdad precisa de los textos siempre ha exigido el rechazo de la autoridad canonizada, y una independencia de mente que sólo la libertad de pensamiento puede garantizar.

La democrazia. Storia di un'ideologia combina estos antecedentes en una obra intrigante y muy original. Conceptualmente, Canfora rechaza de plano el punto de vista habitual que considera la democracia como un conjunto de instituciones y procedimientos electorales. Respaldando la opinión de Norberto Bobbio de que «la esencia de la democracia es el igualitarismo», sostiene –un anatema para la perspectiva dominante– que puede «volver a afirmarse en el ámbito de las más diversas formas político-constitucionales»². Siguiendo a Aristóteles, Canfora procede a definir la democracia como «el predominio del *demos*», es decir, el dominio de las clases más pobres, los desposeídos³. Sobre esta base, propone un estudio histórico centrado en la suerte de la democracia en Europa completamente distinto a los análisis convencionales. En lugar de una progresiva ampliación y profundización, Canfora sólo ve breves momentos de avance democrático, localizado e inmediatamente sitiado, entre ellos los primeros años de la década de 1790 en Francia, la década posterior a 1917 en Alemania y Rusia –un nivel máximo– y finales de la década de 1940 en Francia e Italia. En su mayor parte, sin embargo, la de Canfora es una historia de, fracaso de la democracia, en el sentido que él le da, y de cómo las elites dominantes han gestionado la amenaza igualitaria que supone el ampliar el sufragio para conservar su propia libertad de acción. El periodo posterior a 1950 se representa como un paisaje político sombrío, que manifiesta la erosión de las aspiraciones democráticas igualitarias tanto en Europa oriental como occidental, y el triunfo al fin de lo que Canfora denomina el «sistema mixto» –«un poco de democracia y un mucho de oligarquía», que combina «el principio electoral» con la realidad del predominio de la clase burguesa– como fórmula de dominio político contemporáneo⁴.

² *Ibid.*, pp. 228, 250 [260, 288].

³ *Ibid.*, p. 250 [287-288].

⁴ *Ibid.*, p. 216 [248].

También geográficamente Canfora invierte el argumento habitual. A las repúblicas democráticas populares de Europa oriental les concede una seria consideración crítica en cuanto «experiencias democráticas»⁵. De hecho, el sistema del Estado social occidental se considera una pálida imitación del modelo oriental; y la caída del bloque soviético, como algo paralelo a la derrota del igualitarismo político. Estados Unidos sólo se menciona por su aportación a la estabilidad de los sistemas de propiedad en el continente europeo. Por el contrario, Francia es la que se convierte en nación política por excelencia: lugar de nacimiento de la idea de sufragio genuinamente universal, y que probó los métodos por los cuales acabaría siendo neutralizado a partir de 1850. La historia política francesa ocupa la mayor parte del libro de Canfora⁶.

El ojo de Zeus todo lo ve

La democrazia. Storia di un'ideologia es por lo tanto un ataque frontal contra la ortodoxia intelectual así como contra la autoestima continental. No sorprende que haya provocado fuertes reacciones. El libro se encargó originalmente como parte de una serie multinacional titulada «La construcción de Europa», dirigida por el historiador francés Jacques Le Goff, junto con *El renacimiento europeo, centros y periferias* de Peter Burke, *La familia europea* de Jack Goody, *Las revoluciones europeas, 1492-1992* de Charles Tilly y una serie de títulos ilustres, todos los cuales debían producirse en cinco idiomas por editoriales europeas de altos vuelos: Blackwell en Reino Unido, Seuil en Francia, Crítica en España, Laterza en Italia y Beck en Alemania. Los editores de Beck, sin embargo, se negaron rotundamente a publicar la colaboración de Canfora, en apariencia por el informe escandalizado de un lector, el historiador Hans-Ulrich Wehler, epítome del pensamiento derechista, que declaraba que «no es más que un panfleto comunista, que supera en estupidez dogmática incluso a los productos de la RDA»; un absurdo, dada la sostenida perspectiva heterodoxa del libro⁷.

Más que un sustancial combate con el argumento de Canfora, sin embargo, sus críticos alemanes contendían con una serie de quejas equívocas diseñadas para impugnar la integridad intelectual del italiano tachándolo de estalinismo. La acusación más concreta es la de que *La democrazia. Storia di un'ideologia* proporciona una interpretación soviética ortodoxa del Pacto Molotov-Ribbentrop. Pero como Canfora demuestra convincentemente en su panfleto, *L'occhio di Zeus*, en respuesta a los críticos, esto se basa en una tergiversación voluntaria. De hecho, tras analizar el pacto en el contexto del enfrentamiento entre la URSS y Hitler, Canfora pasa a re-

⁵ *Ibid.*, p. 188 [216].

⁶ La ausencia de Estados Unidos tal vez se deba también a que la serie se centra en Europa.

⁷ Citado en Luciano Canfora, *L'occhio di Zeus. Disavventure della «Democrazia»*, Bari, 2006, p. 15.

lacionarlo con la involución nacionalista del experimento soviético y analiza con cierta amplitud el «trauma» que causó. Quizá su comparación del acuerdo entre Hitler y Stalin con el reconocimiento de la Francia de Vichy por parte de Roosevelt, y la cínica partición de Europa en Este-Oeste que se produjo en Yalta, también ayudase a irritar a los críticos alemanes. Pero lo más asombroso sobre la excesiva reacción de éstos es que no analizan en absoluto la concepción de la democracia, la arquitectura o la coherencia estructural en general de la obra. *La democrazia. Storia di un'ideologia* ha tenido por lo tanto una recepción peculiarmente desequilibrada: aunque genera muchísimos comentarios, su tesis central sigue prácticamente sin analizarse. Es una lástima, porque la interpretación bien fundamentada históricamente que Canfora hace de la democracia es un útil correctivo del punto de vista habitual. Los problemas de su argumento, por otra parte, tocan cuestiones de enorme importancia intelectual y política, sobre todo para la izquierda.

Debe admitirse que un obstáculo para comprender plenamente el libro de Canfora es la organización del texto en sí. *La democrazia. Storia di un'ideologia* abarca desde la Atenas del siglo v hasta la Italia de Berlusconi en unas 250 páginas densas, enérgicas y polémicas, combina la narración histórica con la interpretación, de un modo que cuestiona los esquemas comparativos convencionales. Algunos lugares y periodos se tratan con detalle minucioso, otros apenas se tocan. Tras un fascinante análisis filológico sobre el significado de la democracia en la Grecia antigua, el estudio se traslada a Francia, donde hace un seguimiento del sufragio universal desde 1789 hasta el segundo Napoleón. Retro trayéndose a 1815, Canfora analiza a continuación la aparición del liberalismo en toda Europa. Después vuelve a Francia, para seguir las evoluciones políticas de la Tercera República, desde la Comuna hasta 1914, y la consolidación de los regímenes parlamentarios liberales en Europa antes de la Primera Guerra Mundial.

El periodo de 1914-1945 se trata como un todo unitario –una convulsión continental de 30 años– dentro del cual Canfora analiza la crisis del parlamentarismo en la *belle époque*, las respuestas socialista y fascista a dicha crisis, la Gran Guerra y el nacimiento de la Unión Soviética. Tras reconstruir la instalación de los regímenes fascistas en Italia y Alemania, Canfora aborda la democracia «progresista» y la «popular» –Italia y Checoslovaquia, antes de 1948, como casos comparativos– que, sostiene, surgieron de una estrategia de «antifascismo» en ambas partes de Europa. La derrota histórica de este «antifascismo» posfascista está señalada por el establecimiento de la Quinta República por De Gaulle, caso típico de «constitución mixta», en la que «el “pueblo” se expresa, pero las que cuentan son las clases propietarias»⁸. En opinión de Canfora, los gobiernos europeos contemporáneos son en esencia regímenes oligárquicos engalanados con una maquinaria

⁸ L. Canfora, *Democracy in Europe. A History of an Ideology*, cit., p. 227 [259].

electoral, diseñada para legitimar el dominio de la elite y al mismo tiempo descalificar a las minorías antisistémicas mediante el privilegio ejecutivo, mecanismos mayoritarios –sistemas de escrutinio mayoritario, distritos electorales uninominales, etcétera– control de los medios de comunicación de masas y coerción directa. Al final de este texto vigoroso y estimulante, muchos lectores tal vez sufran una sensación de latigazo histórico-literario.

El dominio del pueblo

Una evaluación inicial debe comenzar con el término clave del análisis de Canfora: democracia. ¿Qué quiere decir con él? De manera desconcertante, el prólogo comienza con una enérgica evocación de la función popular-dictatorial de Garibaldi como demócrata revolucionario, llegando a señalar que, en la lengua política griega del periodo romano, *demokratía* y su derivado, *demokrator*, podía hacer referencia a «dominio *sobre* el pueblo». Así, «respecto al conflicto entre César y Pompeyo se dice, en las *Guerras civiles* de Apiano, que ambos habían luchado “disputándose la *demokratía*”, mientras que Sila, predecesor de César como gobernante de la República romana, se describe en otra parte como un *demokrator*, un dictador, de hecho. La «incómoda cercanía» entre ambos términos, sugiere Canfora, nos exige superar la doctrina aceptada y recordar los elementos de clase que subyacen a los sistemas políticos; *kratos*, nos recuerda, denota «la fuerza ejercida con violencia». En Atenas, democracia era el término dado por los *opositores* al gobierno del *demos* «con la pretensión de destacar justamente su carácter violento y el “poder excesivo” de los no propietarios cuando está vigente la “democracia”⁹. En su primer capítulo, Canfora proporciona una asombrosa interpretación del famoso elogio de Pericles al sistema ateniense en el epitafio. Lejos de la complacencia con la que por lo general se cita incorrectamente –en buena medida en el Preámbulo del borrador de Constitución Europea de 2003– Canfora ve un acto de sutil distanciamiento por parte de Tucídides: Pericles explica que, aunque la palabra «democracia» se usaba para describir la administración de la ciudad, con relación a los muchos, no a los pocos, la vida privada ateniense se caracterizaba, de hecho, por la «libertad». «Se podrían dar todas las vueltas que se quiera –concluye Canfora–, pero en sustancia lo que hace Pericles es oponer “democracia” y “libertad”¹⁰.

El análisis explícito más completo del término se incluye en el penúltimo capítulo del libro, «Hacia el “sistema mixto”». Escribe Canfora:

La democracia [...] es de hecho un producto inestable, es el dominio (temporal) de los desposeídos a lo largo de un inagotable conflicto por la igualdad,

⁹ Respectivamente, *ibid.*, pp. 5, 8, 22 [14, 16, 32].

¹⁰ *Ibid.*, p. 8 [16].

noción que, a su vez, se amplía históricamente e incluye «derechos» nuevos y cada vez reivindicados de modo más desafiante¹¹.

Para el filólogo italiano, por lo tanto, la democracia no es un sistema político o constitucional, sino un cambio –históricamente poco duradero– en la distribución del poder social: una «forma de relación entre las clases inclinada hacia el “predominio del demos”». ¹² Su objetivo básico es la igualdad material. En una entrevista concedida en 2007 a *Tageszeitung*, Canfora explicaba que su concepto hacía referencia a la opinión aristotélica: «La democracia es el dominio [*Herrschaft*] de los desposeídos, la oligarquía es el dominio de los ricos» ¹³. La historia de la democracia, por lo tanto, no supone el estudio de sistemas constitucionales o políticos, sino de los momentos de supremacía popular, pronto absorbidos por las fuerzas antidemocráticas.

Paradójicamente, los orígenes de este uso en apariencia radical se encuentran en las críticas más duras contra esta forma política. El estudio de Canfora sobre la democracia debe mucho a los pensadores antiigualitarios y antidemocráticos. Esto es bastante obvio en el análisis inicial sobre los orígenes del término entre las clases altas antidemocráticas de la Grecia clásica. Pero también está fuertemente influido por una tradición específicamente italiana de teoría política elitista, en especial la obra de Gaetano Mosca, «un gran intérprete de las dinámicas sociales» ¹⁴. Como Mosca, Canfora considera que la democracia contemporánea es en gran medida un conjunto de afirmaciones ideológicas vacuas. En el sentido que él le da, las sociedades capitalistas liberales son claramente antidemocráticas porque son profundamente desiguales, y su «democracia» es en esencia una fórmula política para justificar el dominio de la elite. Yo considero que esta definición de la democracia como igualdad de clases, «el dominio (temporal) de los desposeídos» ¹⁵ se basa en una combinación de poder social y político. Pero para entender por qué, primero hace falta observar con más detalle los puntos de inflexión del relato de *La democrazia. Storia di un'ideologia*.

1789 y después

Para Canfora, «la Revolución de 1789 [fue el] acontecimiento matriz de toda la historia posterior de Europa»; pero sus consecuencias distaron mucho de ser directas ¹⁶. El uso de las elecciones y de los parlamentos como me-

¹¹ *Ibid.*, p. 228 [260].

¹² *Ibid.*, p. 250 [287].

¹³ Así, para Canfora, la democracia es una forma de *dominio*, de soberanía, «no una forma de gobierno [*Regierungsform*] ni un tipo de constitución [*Verfassungstyp*]». Entrevista con Ulrich Guttmair, *Tageszeitung*, 15 de diciembre de 2007.

¹⁴ L. Canfora, *Democracy in Europe. A history of an Ideology*, cit., p. 228 [261].

¹⁵ *Ibid.*, p. 228 [260].

¹⁶ *Ibid.*, p. 20 [29].

canismos de gobierno pronto se separaría del fondo de la democracia, que es la igualdad, y los regímenes europeos adoptarían el sufragio universal, la técnica clásica de la democracia, para legitimar el dominio de la élite. El concepto de sufragio universal lo encarnó primeramente la Constitución de Robespierre en 1793, que eliminó el voto indirecto y las condiciones censitarias. (Canfora rechaza los anteriores experimentos inglés y estadounidense con el sufragio porque estaban limitados por la raza o la religión, en contraste con la abolición de la esclavitud por la Convención jacobina.) Termidor destruyó de inmediato este intento. A partir de entonces, las sucesivas constituciones «incluyeron fuertes limitaciones al derecho de voto», hasta la Revolución de 1848¹⁷.

El avance democrático de 1848 tuvo resultados paradójicos, sin embargo. Las elecciones francesas de abril de ese año, el primer sufragio universal en Europa, produjeron una Asamblea «moderada» que atacaría el nivel de vida de los obreros y ahogaría en sangre su levantamiento de junio. Luis Napoleón obtuvo entonces una victoria electoral aplastante en diciembre. Canfora proporciona una incisiva definición del bonapartismo: «el interclasismo demagógico, seductor, casi irresistible, respecto a las masas menos politizadas y al mismo tiempo sólidamente fijado en una relación de mutuo apoyo con las clases propietarias». Ve poca diferencia entre el tío y el sobrino: ambos son personificación de la reacción en «formas modernas y pseudorrevolucionarias»¹⁸.

La victoria de Luis Napoleón sirvió de modelo para el resto de Europa. «El segundo emperador de los franceses», escribe Canfora, «enseñó a la Europa burguesa a no temer el sufragio universal sino a domesticarlo»¹⁹. Para resumir: la que introdujo en Europa el dominio parlamentario no fue la Revolución francesa, sino la Revolución castrada por el bonapartismo. La principal innovación de Luis Napoleón, de acuerdo con Canfora, fue demostrar que el sufragio universal se podía manipular mediante cambios de límites, circunscripción uninominal, presión política de los prefectos o gobernadores, la ayuda de la prensa, etcétera, para garantizar la elección de los notables locales. Adecuadamente controlado, el sufragio universal podía convertirse en un apoyo útil al dominio por parte de los propietarios.

Canfora aduce una amplia gama de pruebas históricas para respaldar su afirmación. En primer lugar, allí donde ha existido el sufragio universal, siempre se han impuesto otros mecanismos para garantizar que unas clases obreras poderosas no pudieran amenazar el orden establecido cambiando el personal político a través de las urnas. La coerción era un medio: en Francia, la eliminación despiadada de la Comuna de París. En la Alemania anterior a 1914, la hegemonía militarista —consecuencia de la ins-

¹⁷ *Ibid.*, p. 67 [83].

¹⁸ *Ibid.*, pp. 81-82 [99-100].

¹⁹ *Ibid.*, p. 101 [119].

trucción– y el restringido poder del parlamento hacían menos necesaria la represión directa. En Italia o Reino Unido, donde un parlamento relativamente poderoso coexistía con movimientos obreros organizados, la corrupción electoral y el sufragio restringido, o un sistema mayoritario anti-democrático, duraron hasta bien entrado el siglo xx.

El establecimiento de la representación electoral, por lo tanto, lejos de indicar un cambio de poder hacia las clases más pobres, quizá sea la señal más segura de que no se ha producido dicho cambio. Esto se subraya mediante una consideración de los gobernantes que concedieron el sufragio: Bismarck en Alemania, Giolitti en Italia –donde la ampliación del voto sirvió para sostener a una clase política débil y aislada– y, aunque no se analiza aquí, Disraeli en Reino Unido. Todas estas figuras parecen encajar en el patrón bonapartista de «líder fuerte» apoyado por el consenso electoral. Concedieron el sufragio universal con fines claramente antidemocráticos (en el sentido de Canfora).

La siguiente fase del análisis se centra en el periodo de «guerra civil europea», 1914-1945, interpretado como una lucha a tres bandas entre el socialismo, el fascismo y un «tercer sujeto», la democracia liberal. Canfora achaca la responsabilidad de que estallase la Primera Guerra Mundial firmemente a ésta: «Teniendo en cuenta que eran todos sistemas de régimen parlamentario los que se lanzaron unos contra otros en aquel memorable agosto, se puede afirmar tranquilamente que precisamente al “tercer sujeto” se le puede atribuir el “mérito”, no desdeñable, de haber provocado y desencadenado el infierno del siglo xx»²⁰. La Gran Guerra aportaría lo que Canfora denomina el «segundo fracaso del sufragio universal»; pero sus consecuencias inmediatas fueron que Italia celebró sus primeras elecciones efectivas por sufragio universal en diciembre de 1918, mientras que Alemania elegía una nueva asamblea constituyente en enero de 1919.

Sin embargo, en lugar de producir una democracia verdadera –llevar al poder a los desposeídos– el sufragio universal acabó en ambos casos en fascismo: «las clases que apoyaban a los partidos que hasta entonces habían gobernado» gradualmente «perdieron la confianza en la “democracia parlamentaria” y optaron por el fascismo»²¹. Esta reaparición de la fórmula bonapartista, más mortal que nunca, tuvo consecuencias de gran alcance. No sólo aplastó los movimientos a favor de una democracia sustantiva en Alemania, Italia y España; Canfora sostiene que las presiones que provocó en la Unión Soviética –donde en noviembre de 1917 se habían celebrado elecciones para la Asamblea Constituyente, y que inicialmente había sido pionera de una forma de democracia soviética de múltiples partidos– también deformaron la evolución de ese país, con la complicidad moral y material del resto de las democracias liberales occidentales.

²⁰ *Ibid.*, p. 157 [183].

²¹ *Ibid.*, p. 158 [184].

Una función importante en el resultado final de la «guerra civil europea» lo desempeña lo que Canfora denomina «antifascismo». Considera que es un movimiento político que intentó superar los viejos regímenes parlamentarios y corregir los defectos de las democracias liberales, que habían sido las «parteras del fascismo»²². El antifascismo fue también, por lo tanto, la lucha por una democracia sustantiva en Europa, que produciría los Estados sociales y las democracias populares del periodo posbélico. Canfora sostiene que el ejemplo soviético influyó mucho a este respecto: se dice que las constituciones «antifascistas» de Italia (1948) y Alemania (1949) incorporaban elementos de la Constitución soviética de 1936, formalmente una construcción jurídica modelo, aunque ridiculizada por las purgas y los juicios espectáculo que la acompañaron. Así, el artículo tercero de la Constitución italiana ordena a la República eliminar «todos los obstáculos económicos y sociales que, limitando la libertad real y la igualdad de los ciudadanos, impidan el pleno desarrollo del individuo humano y la participación efectiva de todos los trabajadores en la organización económica, política y social del país». Además, la función del antifascismo en la liberación de los países de Europa central y oriental garantizó, sostiene Canfora, a sus gobiernos de posguerra un cierto apoyo de masas real.

El momento de la «democracia antifascista» también resultó poco duradero; pronto sería derrotado de nuevo por la consolidación del «sistema mixto». El modelo para esta forma de gobierno fue la Quinta República instaurada por De Gaulle, cuya importante innovación fue la de reintroducir un sistema mayoritario, diseñado para eliminar al PCF como alternativa política viable. Al final del siglo xx, el sistema mixto había debilitado las democracias progresistas en todo el continente. Fortalecía el ejecutivo, debilitaba la representación proporcional y seleccionaba los políticos de acuerdo con criterios de riqueza, para garantizar el dominio de las oligarquías no responsables ante el control legislativo. La democracia había quedado así reducida en sus territorios europeos de nacimiento a la legitimación electoral de las elites. Como escribe Canfora:

El epílogo ha sido la victoria, que tiene perspectivas de larga duración, de la llamada por los griegos «constitución mixta», en la que el «pueblo» se expresa, pero las que cuentan son las clases propietarias: traducido a un lenguaje más actual se trata de la victoria de una oligarquía dinámica y centrada en las grandes riquezas pero capaz de crear el consenso y de legitimarse electoralmente manteniendo bajo control los mecanismos electorales²³.

El resultado ha sido la derrota de la democracia en el sentido sustantivo por su antítesis, en términos de Pericles: la libertad. No libertad para todos, por supuesto, «sino de aquellos que en la competición resultan ser los más fuertes (naciones, regiones, individuos)», porque «cualquier vínculo a

²² *Ibid.*, p. 174 [201].

²³ *Ibid.*, p. 227 [259-260].

favor de los menos “fuertes” sería precisamente una limitación de la libertad de los otros²⁴. Al citar el epitafio de Pericles, los redactores del Preámbulo de la Constitución Europea han recurrido sin saberlo «al texto más noble que podría utilizarse para decir no ya lo que debía servir de retórica edificante, sino lo que *efectivamente* había que decir. Es decir, que ha vencido la libertad –en el mundo rico– con todas las terribles consecuencias que ello comporta y comportará para los demás»²⁵. Pospuesta a una era futura, la democracia será inventada una y otra vez, aunque quizá, añade Canfora, no por los europeos.

Clase y partido

Ése es el principal argumento de *La democrazia. Storia di un'ideologia*. ¿Cómo debería evaluarse? Uno de los puntos fuertes de su perspectiva es la capacidad para explicar la recesión de la democracia sustantiva junto con la expansión de la representación electoral, un galimatías al que los estudios habituales de ciencias políticas no han proporcionado una respuesta definitiva. La dura descripción que Canfora hace de la oligarquía electoral del «sistema mixto» es un vigoroso corrector de las autocelebratorias explicaciones europeas. Su análisis sobre la función del «antifascismo» en la posguerra en un útil recordatorio de las aspiraciones igualitarias que estaban en juego en la construcción del Estado social, y su estudio de la tortuosa historia del sufragio universal, sobre todo en Francia, siempre es interesante. Pero en su relato hay problemas conceptuales importantes. Como ya se ha indicado, la definición que Canfora ofrece de democracia (el dominio de los desposeídos) se basa en la combinación del poder social y el político, y por lo tanto tiende a restar importancia a la especificidad de ambos. Aristóteles, a quien Canfora apela a menudo, parece haber sido mucho más claro a este respecto. Para Aristóteles, la democracia es un régimen político en el que la condición de ciudadanía la comparten las distintas clases; no depende de que se eliminen las diferencias de clase, sino de que se construya una condición política independiente de ellas.

La idea de democracia planteada por Canfora concibe implícitamente el *demos* como un cuerpo monolítico; de ahí que un solo líder –Garibaldi– pueda ser expresión de la voluntad política de dicho *demos*. Pero los desposeídos, sin excluir a los pequeños propietarios, tienen diferentes procedencias y experiencias sectoriales, geográficas, culturales y étnicas, y tienen una gama de partidos políticos históricamente contruidos para articular sus necesidades. Hasta la república democrática popular más ignorante reconocía la necesidad de un partido campesino dócil, junto con los comunistas dominantes. Pero la función de los partidos está notablemente ausente en *La democrazia. Storia di un'ideologia*. De manera igualmente

²⁴ *Ibid.*, p. 227 [288].

²⁵ *Ibid.*, pp. 251-252 [289].

te extraña, Canfora muestra poco interés por las formas nuevas arrojadas por momentos de democracia protosocialista: las improvisaciones de la Comuna parisina, donde los jueces y los jefes policiales eran directamente elegidos y disponibles; los soviets de partidos múltiples en los primeros días del poder bolchevique.

Aunque la insistencia de Canfora en los múltiples paralelos en la evolución de ambos lados del Telón de Acero puede ser saludable, hubo diferencias importantes en la experiencia política de ambas partes del continente a las que en el libro no se da el adecuado reconocimiento. Tomando a Checoslovaquia e Italia como paradigmas, Canfora considera que ambas potencias imperiales, Washington y Moscú, usaron una mezcla de ayuda material y amenaza de fuerza para establecer regímenes políticos afines en sus zonas de influencia, en el periodo inmediatamente posterior a la guerra. A este respecto, sostiene,

En este escenario, que es bien conocido y que sólo evocamos de pasada, el principio subyacente, lógico corolario de la división en zonas de influencia, era hacer cuanto antes elecciones para dotar de gobiernos representativos a cada uno de los países interesados; en cualquier caso, si las divisiones en áreas tienen un sentido, las elecciones las ganan los partidos que hacen referencia a la potencia hegemónica en aquella área²⁶.

Los procedimientos por los cuales llegaron al poder Klement Gottwald en Checoslovaquia y Alcide De Gasperi en Italia fueron fundamentalmente similares. Ambos ganaron unas elecciones relativamente libres en 1946, el KSC de Gottwald obtuvo una mayoría de votos del 38 por 100, mientras que la Democracia Cristiana de Gasperi obtuvo el 35 por 100 (frente al 39 por 100 del PCI y los socialistas sumados). Ambos volvieron a ganar en 1948, en enfrentamientos mucho más comprometidos. En Checoslovaquia, Canfora destaca la ayuda alimenticia recibida de la Unión Soviética (en competencia con el Plan Marshall), que aumentó el prestigio de los comunistas después de las batallas políticas que tuvieron lugar en febrero de 1948 y la dimisión de los partidos no comunistas, y las elecciones manipuladas de cuatro meses después, «se dirigieron abiertamente para obtener un resultado unánime». Canfora considera que la victoria de los comunistas estuvo validada por el indudable apoyo que tenían de la clase trabajadora, una verdadera base de masas aunque sin llegar a constituir la mayoría del electorado; no obstante, la decisión del KSC –e, inicialmente, de sus aliados– de «forzar el mecanismo electoral en el sentido de la “construcción preventiva” del éxito electoral» no era, en aquel momento, «una decisión obligada»²⁷. En Italia, el Plan Marshall se utilizó, por supuesto, como herramienta política para aumentar el prestigio de la Democracia Cristiana. Documentos recientes han demostrado que los estadounidenses estaban muy dispues-

²⁶ *Ibid.*, p. 187 [215]

²⁷ *Ibid.*, pp. 195-196 [225].

tos a intervenir en caso de que se diera una victoria comunista en las urnas en 1948: un informe de la CIA detallaba planes de contingencia en los que Italia sería dividida y se desataría una guerra de guerrillas.

Las similitudes son sugerentes. Ambos países estaban bajo la influencia de una potencia imperial que se presentaba a sí misma como un liberador. Pero hay entre ambos diferencias fundamentales que Canfora no reconoce suficientemente. Al contrario que la oposición a Gottwald, el PCI conservó una enorme presencia organizativa durante todo el periodo de posguerra, a pesar de lo acosado y vilipendiado que fuese. Ninguna oposición organizada se permitió jamás en Checoslovaquia, o en cualquier otra parte de la Europa oriental del socialismo de Estado, una de las razones por las que la desestalinización no adoptó la forma del pluralismo político sino de reforma dentro de los partidos políticos existentes. El segundo punto, obviamente, es que los regímenes de Europa central y oriental carecían de legitimación electoral. En Italia se producían elecciones periódicas, y los italianos podían al menos expresar la insatisfacción con sus gobernantes, aunque al partido más grande, el PCI, se le prohibiese de hecho tomar el poder. Reconocer este hecho es crucial para cualquier interpretación de los resultados políticos opuestos en ambos lados de la Guerra Fría en Europa. Canfora lo reconoce de manera indirecta, escribiendo que la «debilidad a largo plazo» de las democracias populares fue la convicción de que el respaldo popular, una vez alcanzado, «tenía validez para un tiempo infinitamente largo, y que los controles y la renovación periódica de la legitimación (tan hábilmente practicada en Occidente) eran del todo superfluos; pensaban que los logros sociales consolidarían los regímenes, cosa que evidentemente no ocurrió»²⁸. Y nuevamente, en su análisis del titismo y la desmembración de Yugoslavia:

El carácter encarnizado (y en último término suicida) del choque es una de las consecuencias de la visión que sostiene el inicio de las «democracias populares», es decir, que el consenso se adquiere *una tantum*, que el consenso que cuenta es el de la «masa políticamente activa», y que en todo caso vale para toda una fase histórica²⁹.

No comenta la relativa escasez de movilizaciones nacionalistas en Europa occidental en el mismo periodo, y las que ocurrieron se limitaron en gran medida a la franja mediterránea y atlántica. Pero es al menos verosímil sugerir que la trascendencia de dichos conflictos estuvo estrechamente conectada con el triunfo de la democracia electoral en esa zona. Así, mientras que la comparación de Canfora evoca eficazmente cierto paralelo entre Oriente y Occidente, la concepción de que la democracia representa un giro igualitario en la distribución del poder entre las clases puede impedirle captar la especificidad política de cada experiencia. La fuerza de los órdenes

²⁸ *Ibid.*, p. 188 [216].

²⁹ *Ibid.*, p. 197 [225-226].

políticos del Occidente capitalista avanzado, y el carácter pacífico de sus relaciones interestatales, está inextricablemente ligado al hecho de que, en contraste con el Este, las elecciones –por «manejadas» o «manipuladas» que estuviesen– legitiman a sus elites políticas. Ninguna reconsideración de la democracia, por radical o heterodoxa que sea, debería oscurecer este hecho básico y las inevitables consecuencias surgidas de él.

Leyes engañosas

¿Y qué decir de la crítica de Canfora a la «manipulación» –principalmente centrada en los sistemas de voto mayoritario– y el «manejo» de las elecciones, en gran medida achacados a los medios de comunicación de masas? Esta acusación es bastante familiar. Canfora sostiene que la propiedad consolidada de los medios distorsiona el campo político y ayuda a formar un electorado despolitizado y fácil de dirigir, no necesariamente mediante una propaganda política explícita sino mediante un consumismo omnipresente y la adoración de la riqueza. El «aspecto genial e irresistible» de este nuevo método de «conquista de la opinión», escribe, «es que nunca se manifiesta de forma directamente política»³⁰. No es necesario conocer demasiado bien la televisión de la Italia de Berlusconi para simpatizar con este argumento. Pasando a la «manipulación» electoral, *La democrazia. Storia di un'ideologia* organiza un ataque sostenido contra el sistema de escrutinio uninominal mayoritario, al que Canfora atribuye la supremacía de los Conservadores en Inglaterra, la destrucción de los socialistas bajo el régimen fascista en Italia, y la eliminación de los comunistas con De Gaulle. Las normas electorales mayoritarias, sostiene, están inherentemente sesgadas hacia los partidos del *establishment* y son fácil objeto de corrupción; los sistemas de escrutinio uninominal mayoritario estuvieron mucho tiempo ligados a las poderosas clases terratenientes y al sufragio restringido; la representación proporcional fue una exigencia fundamental de la socialdemocracia europea, y las fuerzas derechistas la abolieron siempre que les fue posible. Es algo especialmente claro en la historia del país de Canfora; muchos de los conflictos políticos más tormentosos de Italia han enfrentado a derecha e izquierda exactamente por este tema. Sólo hay que recordar la importancia de la ley de Acerbo, en 1924, para consolidar el control de Mussolini, o el fracasado intento de De Gasperi de instituir un sistema mayoritario mediante la *legge truffa* –ley engañosa– de comienzos de la década de 1950. Aunque se podría señalar algún ejemplo en contra –la victoria de la izquierda en España en 1936, por ejemplo– no cabe duda de que los regímenes de escrutinio uninominal mayoritario favorecieron a las fuerzas conservadoras.

Para Canfora, los sistemas mayoritarios no sólo producen una representación sesgada, sino que introduce una nueva restricción política del sufra-

³⁰ *Ibid.*, pp. 225-226 [258].

gio: en lugar de «un hombre un voto», crea las categorías de votos «útiles» frente a votos «inútiles», consignando éstos al olvido. En último término, esto conduce a la atrofia de las fuerzas políticas situadas fuera de un consenso central de dos partidos. Canfora subraya cáusticamente de qué modo el Partido Comunista Francés se ha convertido en «un anexo» de los socialistas en el sistema electoral de doble vuelta establecido en la Quinta República, que condena a los votantes del PCF a la «categoría de siervos»; pronto prefieren «convertirse *directamente* en elector del partido al que de todos modos acabará beneficiando con su voto o abstenerse»³¹.

Pero hay una contradicción entre la definición de democracia ofrecida por Canfora, el predominio del *demos*, que implica un grado de unidad igualitaria, y su argumento a favor de la representación proporcional, al que defiende por razones de pluralidad y por la calidad de la cultura política. Así, «la “fragmentación” de las fuerzas políticas no es una patología, sino que es un hecho natural y puede constituir una riqueza»³². El ataque de Canfora a los mecanismos mayoritarios supone que los sistemas políticos deberían representar, de la manera más estricta posible, la estructura real de sus sociedades subyacentes; en ese sentido, por lo tanto, la democracia reflejaría desigualdades, en lugar de superarlas necesariamente, como exige su concepto. De hecho, el hincapié de Canfora en los procedimientos electorales y en el poder de los medios sugiere otro problema en el fondo de su crítica, al menos si nos tomamos en serio el igualitarismo. Porque el argumento de que la manipulación electoral sistémica es la principal enfermedad política de las democracias capitalistas avanzadas conduce al corolario obvio de que el sufragio universal efectivo e indistorsionado, con representación proporcional, tendría en sí consecuencias revolucionarias. De hecho, ésta parece ser la opinión de Canfora cuando escribe, citando el análisis de Marx en *La lucha de clases en Francia*, sobre una «visión del alcance intrínsecamente subversivo del sufragio universal», que «somete continuamente a discusión el poder “efectivo” del Estado y se propone como única fuente de autoridad y de poder»³³.

Formas Estado

La deducción está clara. El sufragio universal, si se le permitiese operar de manera efectiva y libre, eliminaría el Estado. Con permiso de Althusser, a este respecto al menos, el muy joven Marx es mejor guía que el Marx de mediana edad, porque el primero, con gran clarividencia y precisión, ya había detectado el problema fundamental de la democracia parlamentaria en *Sobre la cuestión judía* como la separación del «*burgués* y el *ciudadano*»: «el miembro de la sociedad civil y su *piel de león político*»: en otras

³¹ *Ibid.*, p. 216 [247].

³² *Ibid.*, p. 219 [251].

³³ *Ibid.*, p. 92 [110].

palabras, la separación estructural entre la vida política y la vida en general³⁴. Sólo desde esta perspectiva queda claro que el propio acto de votar, en cuanto expresión aislada e individual de preferencia, lejos de «cuestionar» el poder estatal, reafirma la separación entre la esfera política y la esfera económica que forma su base. Reconocer esto conduce más allá del tema de la manipulación electoral.

¿Cómo se explica la tendencia de Canfora a eludir la diferencia entre el Este y el Oeste, y la limitación relacionada de su crítica a las instituciones parlamentarias occidentales? Asumen dos razones principales: una intelectual y cultural, y la otra política. La concepción planteada por Canfora de la democracia como supremacía de las clases más pobres se basa en una elisión de la diferencia entre el poder político y el social profundamente arraigada en la cultura política italiana. De hecho, se podría sostener que el rasgo característico de la tradición italiana de teoría social es su falta de una firme concepción de la estructura social, o de la economía política, como algo distinto del dominio político. Las razones históricas de esto son suficientemente obvias, dado que la riqueza y el poder político están con toda probabilidad más estrechamente ligados en Italia que en cualquier otra sociedad capitalista avanzada. En este contexto, el problema de la democracia parece inseparable de cuestiones de desigualdad más amplias. Pero hay también razones más específicamente políticas para los fallos del análisis presentado por Canfora. Porque *La democrazia. Storia di un'ideologia* ejemplifica un punto muerto que la izquierda no ha podido superar adecuadamente. El problema podría expresarse del siguiente modo. Cualquier sociedad que superase el capitalismo tendría que basarse en el logro histórico de la democracia parlamentaria en Europa occidental, y sin embargo necesitaría una ruptura institucional fundamental con las formas de Estado preexistentes que podría no adoptar una forma exclusivamente electoral.

El enfoque de Canfora oscurece este doloroso dilema de un modo que en otro tiempo se habría denominado eurocomunista. Porque al definir la lucha por la democracia como una lucha por la igualdad social, evita afrontar directamente la relación entre ambos términos. Desde este punto de vista, la tarea principal del socialismo es cumplir y ampliar la democracia: crear, en expresión de Togliatti, una «democracia progresiva»³⁵. (De hecho, Canfora tiene cálidos elogios para la influencia de contención ejercida por Togliatti en la resistencia italiana, a solicitud de la coalición aliada; de manera análoga, culpa al «extremismo» del MIR del derrocamiento de Allende en Chile)³⁶. Por supuesto, la creación de un tipo de democracia nue-

³⁴ Karl Marx, *Early Writings*, Londres, 1974, p. 221.

³⁵ Togliatti nunca dio más que una vaga definición de este concepto. Una formulación típica fue la ofrecida en un discurso pronunciado en Roma en 1944: «La democracia progresiva es aquella que no mira hacia el pasado sino hacia el futuro». Véase el análisis de Aldo Agosti en *Togliatti. Un uomo di frontiera*, Roma, 2003, pp. 287-289.

³⁶ L. Canfora, *Democracy in Europe. A history of an Ideology*, cit., pp. 191, 165 [219, 191].

vo y mejor en la Italia contemporánea y en el resto del mundo sería una empresa loable. Mas para que fuese también un sistema igualitario haría falta una nueva forma *Estado*, no sólo un régimen parlamentario plagado de corrupción y dotado de un sistema electoral justo. La lucha por la legalidad básica es necesaria, pero no debería definir el horizonte estratégico de la transformación política. La palabra «democracia» por sí sola es un significante vacío, y sólo tiene significado progresista (o conservador) si está ligada a un proyecto social y económico coherente. Definirla sólo de acuerdo con el «inagotable conflicto por la igualdad»³⁷ es oscurecer su polivalencia política intrínseca. «Democracia ya» es un lema que debería tratarse con gran cautela.

³⁷ *Ibid.*, p. 228 [260].